

# Autoría de un cuento atribuido a Jorge Miota

## *Authorship of a short story attributed to Jorge Miota*

David O. Wise<sup>1</sup>

### Resumen

El cuento *La pared de enfrente* apareció en la revista limeña *Actualidades Revista Ilustrada* en 1903 y recibió comentarios críticos muy favorables. La autoría del cuento se ha atribuido, repetidamente, a Jorge Miota, una figura menor de la literatura peruana de principios del siglo XX. La atribución es incorrecta. *La pared de enfrente* es, en realidad, una traducción del cuento *Le mur d'en face* del escritor francés Pierre Loti, de fama internacional en su época. Tanto el cuento de Loti como la traducción de Miota muestran una fina elaboración.

*Palabras claves:* Miota, Jorge, Loti, Pierre, *Actualidades Revista Ilustrada* (Lima, 1903-1908)

### Abstract

The short story *La pared de enfrente* appeared in the Lima magazine *Actualidades Revista Ilustrada* in 1903. The authorship of the text has repeatedly been attributed to Jorge Miota, a minor Peruvian literary figure of the early 20<sup>th</sup> century. The

---

1 Investigador independiente, Austin, Texas. Ha publicado sobre *Amauta* y otras revistas peruanas. Correo electrónico: davidwiseaustin@gmail.com.

attribution is incorrect. *La pared de enfrente* is in fact Miota's translation of the story *Le mur d'en face* by the internationally known French author Pierre Loti. Both Loti's story and Miota's translation show fine craftsmanship.

*Keywords:* Miota, Jorge, Loti, Pierre, *Actualidades Revista Ilustrada* (Lima, 1903-1908)

Entre la obra dispersa de Jorge Miota (1875-¿1926?), asiduo colaborador de *Actualidades Revista Ilustrada* (Lima 1903-1908) y autor de artículos y crónicas publicados en *El Comercio* durante la primera década del siglo XX, ha merecido mención especial el cuento *La pared de enfrente*, que apareció en el número 26 de *Actualidades Revista Ilustrada* el 14 de julio de 1903 (pp. 414-415). Washington Delgado calificó el cuento como “una pequeña obra maestra” y elogió los “finos y entrañables procedimientos artísticos” del autor “más cálidos a la verdad que los de Flaubert” (Delgado, 1981, p. 9). El cuento, sin duda, es de alta calidad artística, pero no lo escribió Miota.

Willy Pinto Gamboa y Washington Delgado en 1981 y posteriormente otros han atribuido equivocadamente la autoría de *La pared de enfrente* a Miota<sup>2</sup>. El malentendido puede explicarse en breves párrafos. Primero, me referiré al cuento.

El argumento de *La pared de enfrente* es sencillísimo. Tres parientes mujeres –madre, hija y tía anciana– empobrecidas por reveses de la fortuna, se ven obligadas a alquilar casi la totalidad de la mansión paterna y encerrarse a vivir en el sa-

---

2 Los literatos que han hecho la atribución a Miota son, además de Washington Delgado, Willy Pinto Gamboa (pp. 99-105, 167) y Ricardo González Vigil (1992, pp. 617-23). Los historiadores que también han hecho esa atribución son David S. Parker (1995, pp. 161-85) y Carmen Mc Evoy Carreras (1999, pp. 279-80).

loncito más humilde y recóndito de la casona. Se van acostumbrando a sus reducidas circunstancias y hasta pasan su pobreza con ecuanimidad, en parte, porque gozan de una vista a un hermoso patio soleado, adornado de madre selvas y rosales. De pronto cae una desgracia que no tiene remedio; el vecino levanta una alta pared que bloquea el sol, inhibe florecer los rosales y amarga profundamente la vida a las mujeres. Así pasan veinte años; las mujeres envejecen soñando con la llegada de una herencia que les permitirá derribar la odiada pared. La herencia llega tarde, cuando la tía ya no vive y la hija acaba de cumplir cuarenta años. Con el dinero, madre e hija compran la casa del vecino y hacen derribar la pared. Pero —trágicamente— en vez de experimentar la satisfacción y alegría que anticipaban al contemplar de nuevo el patio soleado, se sienten abrumadas, primero por un indecible malestar y luego por una honda depresión de ánimo. Hasta piensan hacer levantar la pared de nuevo, pero se dan cuenta de que es inútil, porque la veintena de años que vivieron como reclusas ya se llevó “el pasado, la juventud i la esperanza”.

Una lectura somera de *La pared de enfrente* haría pensar tal vez que estamos ante un relato de dimensiones sociales, basado en una notoria realidad peruana: los sufrimientos y penurias que pasaron las pauperizadas familias de una incipiente burguesía limeña —viudas e hijos de oficiales militares, en primer lugar— como secuela de la fulminante derrota militar y la bancarrota nacional que acarrió la guerra del Pacífico. Las tres mujeres decentes del cuento recapitularían así, de manera ejemplar, los desengaños y privaciones sufridos por esta categoría de “pobres de la clase media” (la lapidaria frase es de David Parker). El relato se leería entonces como un documento cuasi-histórico, con un contenido de alguna manera “verificable”.

Sin embargo, de una lectura atenta del cuento surgen discrepancias que imposibilitan la anterior interpretación y obligan descartar del todo un escenario limeño o peruano:

1. La ciudad que habitan las protagonistas es una ciudad genérica; no existe ningún detalle, ninguna referencia de calle, plaza o templo, ningún nombre o apellido que permita suponer que la ciudad sea Lima.
2. Los meses y estaciones aludidos en el cuento corresponden al hemisferio septentrional, no al meridional.
3. Las protagonistas esperan una herencia “de América”, lo que carece de sentido si residen en Lima.
4. Finalmente, la moneda que al fin hace posible derribar la pared detestada no es la libra peruana, sino el luis de oro francés.

¿Estamos, pues, en el Perú o en Francia? ¿Es Miota el autor del cuento? ¿Lo será un escritor francés predilecto suyo? ¿Es plagio? ¿Traducción?

El cuento, en efecto, es francés; Miota es su traductor. *Le mur d'en face* forma parte de la colección *Figures et choses qui passaient* (París, 1898)<sup>3</sup>, del escritor gálico Pierre Loti (Louis Marie Julien Viaud, 1850-1923), oficial de marina, estilista de gran  *finesse* y autor de *Madame Crysanthème* (1887) y otras novelas de tinte orientalista y ambiente exótico<sup>4</sup>. Loti gozaba de enorme popularidad dentro y fuera de su país natal, así que no es motivo de sorpresa que su obra haya encontrado acogida en el mundo literario de Lima, entre consumidores élites de literatura à la  *mode* y escritores afrancesados como Miota. Por otra parte, libros franceses, de los clásicos y de

---

3 Pierre Loti, *Figures y cosas qui passaient* (París: Calman Lévy, 1898, pp. 219-31). Esta colección de prosas de diversa índole tuvo gran acogida; la edición de Calman Lévy de 1898 llegó hasta la 26.<sup>a</sup> impresión.

4 Sobre la vida y obra de Loti, véase, entre otros estudios, Alain Buisine, *Pierre Loti: l'écrivain et son double* (París: Tallandier, 1998).

los modernos, se encontraban fácilmente asequibles en Lima, por ejemplo, en la Librería Francesa de José Chabrié (calle Jesús Nazareno), que en 1898 ofrecía a la venta “Un gran surtido completo de obras en francés, a precios módicos”<sup>5</sup>. Sea por compra o por préstamo, es normal que un libro de Loti haya llegado a las manos del francófilo Miota.

De la confusión sobre la autoría del cuento no tiene Miota ni un átomo de culpa. Desde el primer momento, o sea, en el número del 14 de julio de 1903 de *Actualidades Revista Ilustrada*, quedaba claramente señalada la autoría de Loti mediante la indicación “(De Pierri Loti)” a la cabeza de la página inicial. El nombre de Miota aparece solo al final del relato. La autoría de Loti, en fin, estaba a la vista<sup>6</sup>.

A continuación, reproduzco los textos de *Le mur d'en face* y de la traducción de Miota. Respecto al cuento de Loti, sigo la edición ya citada de *Figures et choses qui passaient* (París: Calman Lévy, 1898, 26.<sup>a</sup> imp.). La traducción de Miota la reproduzco tal como apareció en la revista *Actualidades Revista Ilustrada*, con las convenciones ortográficas del original. Dado que en el cuento de Loti los párrafos se encuentran agrupados en pequeñas secciones o apartados separados uno de otro por un motivo gráfico, hago la misma disposición para ambos textos y enumero los apartados para facilitar su comparación.

---

5 La Librería Francesa de Chabrié pagó un anuncio de página completa en la *Guía Ilustrada de Lima, el Callao y sus Alrededores* de Carlos B. Cisneros y Rómulo E. García en 1898 (Lima: Imprenta del Estado, 1898, p. 40).

6 La autoría de *La pared de enfrente* es un detalle de la literatura peruana, pero también es una muestra de cómo una información equivocada perdura y se propaga. La errónea atribución de autoría fue hecha por Pinto Gamboa y Delgado en 1981. Luego, otros estudiosos que comentaron el texto “de Miota” perpetuaron ese error inicial sin haber consultado, se supone, la revista *Actualidades Revista Ilustrada*, que es la fuente primaria.

La traducción de Miota es hermosa y fiel, con uno que otro retoque propio. Tiene dos errores tipográficos o lapsus atribuibles tal vez al apuro o al descuido.

### **Anexo 1. *Le mur d'en face de Pierre Loti, 1898***

(1) Tout au fond d'une cour, elles habitaient un modeste petit logis, la mère, la fille, et une parente maternelle déjà bien âgée –leur tante et grand'tante– qu'elles venaient de recueillir.

La fille était encore très jeune, dans l'éphémère fraîcheur de ses dix-huit ans, lorsqu'elles avaient dû, après des revers de fortune, s'enfermer là, au recoin le plus retiré de leur maison familiale. Le reste de la chère demeure, tout le côté vivant qui regardait la rue, il avait fallu le louer à des étrangers profanateurs, qui y changeaient les aspects des anciennes choses et y détruisaient les souvenirs.

Une vente judiciaire les avait dépouillées des meubles plus luxueux d'autrefois, et elles avaient arrangé leur nouveau petit salon de recluses avec des objets un peu disparates : reliques des aïeules, vieilleries exhumées des greniers, des réserves de la maison. Mais tout de suite elles l'avaient aimé, ce salon si humble, qui devait maintenant, pendant des années, les réunir toutes trois auprès d'un même feu et d'une même lampe, aux veillées des hivers. On s'y trouvait bien ; il avait un air familial et intime. On s'y sentait un peu cloîtré, c'est vrai, mais sans tristesse, car les fenêtres, garnies de simples rideaux de mousseline, donnaient sur une cour ensoleillée dont les murs très bas étaient garnis de chèvre-feuilles et de roses.

---

410

Et déjà elles oubliaient le confort, le luxe d'autrefois, heureuses de leur salon modeste, quand un jour une communication leur fut faite, que les laissa dans la consternation morne : le voisin allait élever de deux étages son logis ; un mur allait monter là, devant leurs fenêtres, enlever l'air, cacher le soleil . . .

Et aucun moyen, hélas ! de conjurer ce malheur, plus intimement cruel à leurs âmes que tous les précédents désastres de fortune. Acheter cette maison du voisin, ce qui eût été facile au temps de leur aisance passée, il n'y fallait plus songer ! Rien à faire, dans leur pauvreté, qu'à courber la tête.

\*\*\*\*\*

(2) Donc, les pierres commencèrent de surgir, assise par assise ; avec angoisse, elles les regardaient s'élever; un silence de deuil régnait entre elles, dans le petit salon, de jour en jour attristé, à mesure que montait cette chose obscurcissante. Et dire que cette chose-là, toujours plus haute, remplacerait bientôt le fond de ciel bleu ou de nuages d'or sur lequel se détachait jadis le mur de leur cour avec sa chevelure de branches ! . . .

En un mois, les maçons eurent achevé leur œuvre : c'était une surface lisse, en pierres de taille, que fut peinte ensuite d'un blanc grisâtre, simulant presque un ciel crépusculaire de novembre, perpétuellement opaque, invariable et mort; — et aux étés suivants, les rosiers, les arbustes de la cour reverdirent plus étiolés à son ombre.

Dans le salon, les chauds soleils de juin et de juillet pénétraient encore, mais plus tardifs le matin, plus vite enfuis le soir ; les crépuscules d'arrière-saison tombaient une heure plus tôt, amenant tout de suite les pénétrantes tristesses grises.

\*\*\*\*\*

(3) Et le temps, les mois, les saisons coulèrent.

Entre chien et loup, aux heures indécises des soirs, quand les trois femmes quittaient l'une après l'autre leur ouvrage de broderie ou de couture, avant d'allumer la lampe de veillée, la jeune fille — qui bientôt ne serait plus jeune — levait toujours

les yeux vers ce mur, dressé là au lieu de son ciel de jadis ; souvent même, par une sorte de mélancolique enfantillage, qui constamment lui revenait comme une manie de prisonnière, elle s'amusait à regarder, d'une certaine place, les branches des rosiers, la tête des arbustes se détacher sur ce fond grisâtre des pierres peintes, et cherchait à se donner l'illusion que ce fond-là était un ciel, un ciel plus bas et plus proche que le vrai, –dans le genre de ceux qui, la nuit, pèsent sur les visions déformées des songes.

\*\*\*\*\*

(4) Elles avaient en espérance un héritage dont elles parlaient souvent autour de leur lampe et de leur table de travail, comme d'un rêve, comme d'un conte de fée, tant il semblait lointain.

Mais, quand on la tiendrait, cette succession d'Amérique, à n'importe quel prix on achèterait la maison du voisin, pour démolir toute la partie nouvelle, rétablir les choses comme au temps passé, et rendre à leur cour, rendre aux chers rosiers des murailles le soleil d'autrefois. Le jeter bas, ce mur, c'était devenu leur seul désir terrestre, leur continuelle obsession.

Et la vieille tante avait coutume alors de dire:

–Mes chères filles, Dieu permette que je vive assez longtemps, moi, pour voir ce beau jour ! . . .

\*\*\*\*\*

(5) Il tardait bien à venir, leur héritage.

Les pluies, à la longue, avaient tracé sur la surface lisse une sorte de zébrure noirâtre, triste, triste à voir, formant comme un V, ou comme la silhouette trouble d'un oiseau qui plane. Et la jeune fille contemplait cela longuement, tous les jours, tous les jours . . .



\*\*\*\*\*

(6) Une fois, à un printemps très chaud, qui, malgré l'ombre du mur, avait fait les roses plus hâtives que de coutume et plus épanouies, un jeune homme parut dans ce fond de cour, prit place pendant quelques soirs à la table des trois dames sans fortune. De passage dans la ville, il avait été recommandé par des amis communs, non sans arrière-pensée de mariage. Il était beau, avec un visage fier, bruni par les grands souffles marins . . .

Mai il le jugea trop chimérique, l'héritage ; il la trouva trop pauvre, la jeune fille, dont le teint commençait d'ailleurs à beaucoup pâlir faute de lumière.

Donc, il repartit sans retour, lui qui avait là, pour un temps, représenté le soleil, la force et la vie. Et celle que déjà s'était cru sa fiancée reçut de ce départ un muet et intime sentiment de mort.

\*\*\*\*\*

(7) Et les années monotones continuèrent leur marche, comme les impassibles fleuves ; il en passa cinq ; il en passa dix, quinze et même vingt. La fraîcheur de la jeune fille sans dot peu à peu acheva de s'en aller, inutile et dédaignée ; la mère prit des cheveux blancs ; la vieille tante devint infirme, branlant la tête, octogénaire dans un fauteuil fané, éternellement assise à sa même place, près de la fenêtre obscurcie, son profil vénérable se découpant sur les feuillages de la cour, au-dessous de ce fond de muraille unie, où s'accroissait la marbrure noirâtre, en forme d'oiseau, tracée par les lentes gouttières.

En présence du mur, de l'inexorable mur, elles vieillirent toutes les trois. Et les rosiers, les arbustes vieillirent aussi, de leur moins sinistre vieillesse de plantes, avec encore des airs de rajeunissement à chaque renouveau.

—Oh ! mes filles, mes pauvres filles, disait toujours la tante, de sa voix cassée que ne finissait plus les phrases, pourvu que je vive assez longtemps, moi . . .

Et sa main osseuse, avec un geste de menace, désignait l'oppressante chose de pierre.

\*\*\*\*\*

(8) Elle était morte depuis une dizaine de mois, laissant un vide affreux dans le petit salon des recluses, et on l'avait pleurée comme la plus chérie des grand'mères, quand l'héritage arriva enfin, très bouleversant, un jour où l'on n'y pensait plus.

La vieille fille, —quarante ans sonnés maintenant—, se retrouva toute jeune, dans sa joie d'entrer en possession de la fortune revenue.

On chasserait les locataires, bien entendu, on se réinstallerait comme avant ; mais de préférence, on se tiendrait à l'ordinaire dans le petit salon des temps de médiocrité : d'abord il était maintenant rempli de souvenirs, et puis d'ailleurs il redeviendrait d'une gaieté ensoleillée, dès qu'on aurait abattu ce mur emprisonnant, qui n'était plus aujourd'hui qu'un vain épouvantail, si facile à détruire à coups de louis d'or.

\*\*\*\*\*

(9) Elle eut lieu un avril, au moment des premières souffles tièdes, des premières soirées longues. Très vite cela s'accomplit, au milieu d'un tapage de pierres que tombaient, d'ouvriers que chantaient, dans un nuage de plâtras et de vieille poussière.

Et, au déclin de la seconde journée, quand ce fut terminé, les ouvriers partis, le silence revenu, elles se retrouvèrent as-

sises à leur table, la mère et la fille, étonnées d'y voir si clair, de n'avoir plus besoin de lampe pour commencer le repas du soir. Comme en un étrange retour de temps antérieurs, elles regardaient les rosiers de leur cour s'étaler à nouveau sur le ciel. Mais, au lieu de la joie qu'elles en avaient attendue, c'était d'abord un indéfinissable malaise : trop de lumière tout à coup dans leur petit salon, une sorte de resplendissement triste, et la notion d'un vide inusité au dehors, d'un immense changement . . . Il ne leur venait point de paroles, en présence de l'accomplissement de leur rêve ; absorbées l'une et l'autre, prises d'une croissante mélancolie, elles restaient là sans causer, sans toucher au repas servi. Et peu à peu, leurs deux cœurs se serrant davantage, cela devenait comme de la détresse, comme l'un de ces regrets noirs et sans espérance que nous laissent les morts.

Quand la mère enfin s'aperçut que les yeux de la fille commençaient à s'embrumer de pleurs, devant les pensées inexprimées que devaient si bien ressembler aux siennes :

—On pourrait le rebâtir, dit-elle. Il me semble qu'on pourrait essayer, n'est-ce pas, de le refaire pareil? . . .

—J'y songeais moi aussi, répondit la fille . . . Mais non, vois-tu : *ce ne serait plus le même !* . . .

Mon dieu ! comment cela se pouvait-il ; c'était elle, c'était bien elle qui l'avait décrété, l'anéantissement de ce fond de tableau familial, au-dessous duquel, pendant un printemps, elle avait vu se détacher certain beau visage de jeune homme, et, pendant de si nombreux hivers, un profil vénéré de vieille tante morte . . .

Et tout à coup, au souvenir de ce vague dessin en forme d'ombre d'oiseau, tracé là par de patientes gouttières, et qu'elle ne reverrait jamais, jamais, jamais, son cœur fut dé-

chiré soudainement d'une manière plus affreuse ; elle pleura les larmes les plus sombres de sa vie, devant l'irréparable destruction de ce mur.

\*\*\*\*\*

## **Anexo 2. *La pared de enfrente de Pierre Loti, traducido por Jorge Miota, 1903***

(1) En el fondo de un patio, habitaban una modesta casita, la madre, la hija i una parienta materna ya mui anciana –su tía y tía abuela respectivamente– á quien acababan de recoger.

La hija era todavía mui joven, en la efímera frescura de sus dieciocho, cuando habían tenido después de sufrir reveses de fortuna, que encerrarse allí en el rincón más apartado de su mansión paterna. Todo el resto de la querida casa, toda la parte que daba á la calle, había sido necesario alquilar á unos extraños, profanadores, que cambiaban el aspecto de las cosas antiguas i destruían los recuerdos.

Una venta judicial les había quitado los muebles más lujosos de otros tiempos i habían arreglado su nuevo saloncito de reclusas con objetos un tanto heterogéneos; reliquias de los abuelos, antiguallas exhumadas de los desvanes, reservas de la casa. Así i todo, en el acto le tomaron cariño á ese salón humilde que, durante años, las había de reunir á las tres junto (*sic*) en un mismo hogar, alrededor de una misma lámpara, durante las veladas del invierno. Se encontraban bien allí, había un aire familiar é íntimo. Uno se sentía enclaustrado, es cierto; pero sin tristeza, pues las ventanas, con sencillas cortinas de muselina, daban á un patio lleno de sol, cuyas paredes mui bajas estaban cubiertas de madreselvas i rosales.

I ya se olvidaban del bienestar, del lujo de antes, felices en su modesto salón, cuando un día les dieron una noticia que las sumió á las tres en la mayor consternación: el vecino iba a agregar dos pisos á su casa i se iba á levantar una pared enfrente de sus ventanas, á quitarles el aire, á ocultarles el sol . . .

I ningún medio, ¡ay! se les ocurría para conjurar esa desgracia, más íntimamente cruel para sus almas que los anteriores desastres de fortuna. Comprar la casa del vecino, lo cual hubiera sido fácil en los tiempos de bienestar, ya no había que pensar en ello. Nada había que hacer en su pobreza, nada, sino doblar la cabeza.

~~~~~

(2) Las piedras, pues, empezaron á amontonarse, ellas con angustia las miraban alzarse; un silencio de duelo reinaba en el saloncito, más triste cada día á medida que iba subiendo aquella cosa que todo lo obscurecía. I pensar en que esa cosa cada vez más alta, acabaría por reemplazar el fondo del cielo azul ó de nubes de oro sobre el cual, en otros tiempos, se destacaba la pared de su patio!

En un mes, los albañiles concluyeron su obra; era una superficie lisa, de piedras de sillería que luego fué pintada de un color blanco tirando á gris, que simulaba casi un cielo crepuscular de noviembre, perpetuamente opaco, invariable i muerto, —i en los veranos siguientes los rosales, los arbustos del patio, reverdecieron más raquíuticos á su sombra.

En el salón, los cálidos soles de junio y julio penetraban todavía, pero más tardíos por la mañana i á la tarde desaparecían más temprano: los crepúsculos del otoño caían con una hora de anticipación, i originaban en el acto las penetrantes tristezas grises.

~~~~~

(3) I el tiempo, los meses, las estaciones transcurrieron.

Al anochecer, en las horas indecisas de las tardes, cuando las tres mujeres iban dejando una tras otra su labor de bordado ó de costura, antes de encender la lámpara para la velada, la joven, que ya iba entrando en años, levantaba siempre los ojos hacia aquella pared construida allí donde antes había un pedazo de cielo: á menudo también, debido á una especie de puerilidad que se solía manifestar en ella, algo así como una manía de reclusa, se entretenía en mirar, desde cierto sitio, las ramas de los rosales, las copas de los arbustos destacarse sobre el fondo gris de las piedras pintadas i procuraba forjarse la ilusión de que ese fondo era un cielo, más bajo i más cercano que el verdadero, por el estilo de los que de noche pasan sobre las visiones deformadas de los ensueños.

~~~~~

(4) Conservaban la esperanza de una herencia de la cual hablaban á menudo, sentadas en torno de la lámpara i de la mesa de trabajo, como de un sueño, como de un cuento de hadas, por lo lejano que parecía estar.

Mas tan pronto como recibieran la herencia que esperaban de América, por cualquier precio se compraría la casa del vecino con el fin de demoler toda la parte nueva, restablecer las cosas á su estado de antes i devolver al patio, á los queridos rosales de las paredes su sol de antaño. Echar abajo aquella pared, había llegado á ser su sueño terrestre, su continua obsesión.

418

La vieja tía solía decir entonces:

—Hijas mías, quiera Dios que yo viva bastante para ver ese hermoso día.

~~~~~

(5) La herencia, sin embargo, tardaba mucho en llegar.

Las lluvias, á la larga, habían trazado en la superficie lisa de la pared unas rayas negruzcas, de aspecto mui triste, que formaban una V ó bien algo parecido á la vaga silueta de un pájaro que se cierne.

~~~~~

(6) Cierta vez, durante una primavera mui cálida que, á pesar de la sombra de la pared, había hecho abrirse las rosas más temprano que de costumbre, un joven apareció en el fondo del patio; durante algunas tardes se sentó á la mesa de las tres señoras sin fortuna. De paso en la ciudad, había sido recomendado por amigos comunes, no sin la vaga idea de un casamiento posible. Era hermoso, con mucho donaire, con el rostro curtido por los vientos de mar . . .

Mas, consideró demasiado quimérica la herencia i demasiado pobre á la joven, cuya tez empezaba á palidecer por falta de luz.

Así es que se retiró para no volver, el que durante un tiempo había representado en la pobre casa el sol, la fuerza i la vida. I la que ya se había creído prometida suya recibió con esa partida un mudo é íntimo sentimiento de muerte.

~~~~~

(7) I los años monótonos siguieron su curso, al par de los ríos impasibles; transcurrieron cinco, i luego diez; quince i hasta veinte. La frescura de la joven sin dote desapareció poco á poco, inútil i desdeñada; la madre acabó por tener canas; la vieja tía, inválida, cabeceando, octogenaria, se quedó clavada en un sillón, eternamente sentada en el mismo sitio, cerca de la ventana, destacando su perfil venerable sobre el fondo del follaje del patio, sobre el fondo de la pared lisa, en la que

iban acentuándose las rayas negruzcas, en forma de pájaro, trazadas poco á poco por el agua de las goteras.

En presencia de la pared, de la pared inexorable, las tres envejecieron. I los rosales i los arbustos, envejecieron también, pero de un modo menos siniestro, con amagos de rejuvenecimiento á cada primavera.

—¡Oh! hijas mías —repetía la tía con su voz quebrada que ya no concluía la frase— con tal que yo viva bastante, para . . .

I su mano huesosa, con ademán de amenaza, señalaba la horrible pared.

~~~~~

(8) Murió sin embargo, dejando en pos de sí un vacío horroroso en el pequeño salón de las reclusas. La habían llorado como á la más querida de las abuelas, cuando por fin llegó la herencia, un buen día en que no se pensaba en ella.

La hija, que ya había cumplido los cuarenta años, se sintió toda rejuvenecida, en medio de su alegría de entrar en posesión de una nueva fortuna.

Naturalmente, se despediría á los inquilinos i se volverían á instalar como en otros tiempos; pero permanecerían á diario en el saloncito de los días de pobreza; en primer lugar, estaba lleno de recuerdos; luego volverían á tener su alegría llena de sol, tan pronto como se hubiese echado abajo aquella pared de cárcel, que ya no era un vano espantajo [*sic*], fácil de destruir con luises de oro.

420

~~~~~

(9) Al fin, tuvo lugar la caída de la pared, anhelada desde hacía veinte años. Fué en un mes de abril, en el momen-



to de las primeras brisas tibias, de las primeras tardes largas. Aquello se hizo mui de prisa, en medio de un gran ruido de piedras que caían, de obreros que cantaban, entre una nube de polvo. I á la tarde del segundo día, cuando todo hubo concluido, cuando los obreros se hubieron retirado i se restableció el silencio, otra vez se hallaron sentadas ante su mesa, la madre i la hija, asombradas al ver que había tanta claridad i que ya no necesitaban lámpara para empezar la comida de la tarde. Como en una extraña vuelta de tiempos anteriores, miraban florecer los rosales de su patio bajo un cielo verdadero. Pero, en lugar de la alegría con que habían contado, fué aquello primero un indecible malestar; era demasiada luz la que inundaba de pronto el saloncito, un resplandor triste i la noción de un vacío inusitado afuera, de un cambio inmenso . . . No encontraban palabras, en presencia de la realización de su ensueño; ensimismadas una i otra, embargadas por una melancolía creciente, se quedaban sentadas sin hablar, sin probar la comida servida, i poco á poco sus corazones se oprimieron más i empezaron a experimentar algo semejante á un profundo desamparo.

Cuando la madre notó que los ojos de su hija se llenaban de lágrimas, adivinando los pensamientos que tanto debían parecerse á los suyos:

—Podríamos construirla de nuevo— dijo. Me parece que podríamos intentar levantar una pared igual á la otra. ¿No te parece? . . .

—En esto mismo pensaba, contestó la hija. Mas, no; no sería ya la misma pared.

¿Cómo? Ella era, sin embargo, la que había decretado la destrucción de ese fondo de cuadro familiar sobre el cual, durante una primavera, había visto destacarse un hermoso rostro de joven i durante tantos inviernos el perfil venerado de la tía muerta . . .

I de pronto, ante el recuerdo de ese vago dibujo en forma de sombra de pájaro, trazado por el agua de las goteras; i que ella no volvería nunca á ver, su corazón se desgarró de un modo atroz, lloró las lágrimas más crueles de su vida, ante la irreparable destrucción de esa pared —que para ella era el pasado, la juventud i la esperanza.

Recibido: 20/11/2019

Aprobado: 15/05/2020

## Referencias bibliográficas

### Fuentes primarias

*Actualidades Revista Ilustrada*. Lima, 1 (26), 14 de julio de 1903, pp. 414-415.

LOTI, P.

(1898) Le mur d'en face. En *Figures y choses qui passent* (26.<sup>a</sup> imp., pp. 219-231). París: Calman Lévy.

### Fuentes secundarias

BUISINE, A.

(1998) *Pierre Loti: l'écrivain et son double*. Paris: Tallandier.

CISNEROS, C. B. y GARCÍA, R. E.

(1898) *Guía ilustrada de Lima, el Callao y sus alrededores*. Lima: Imprenta del Estado.

DELGADO, W.

(1981) Prólogo. En W. F. Pinto Gamboa, *Lo huachafo: trama y perfil (Jorge Miota, vida y obra)* (pp. 7-9). Lima, Ed. Cibeles.

GONZÁLEZ VIGIL, R.

(1992) *El cuento peruano hasta 1919*. Lima: Ediciones Copé.

MCEVOY CARRERAS, C.

(1999) *Forjando la nación: Ensayos sobre historia republicana*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, University of the South (Sewanee, Tennessee).

PARKER, D. S.

(1995) Los pobres de la clase media: estilo de vida, consumo e identidad en una ciudad tradicional En A. Panfichi y F. Portocarrero (Eds.), *Mundos interiores: Lima 1850-1950* (pp. 161-185). Lima: Universidad del Pacífico.

PINTO GAMBOA, W. F.

(1981) *Lo huachafó: trama y perfil (Jorge Miota, vida y obra)*. Lima: Editorial Cibeles.